

LIBRO X

EL HIJO DE XOCHITL



Capítulo I

La esclava de Ixtaolzín

**N**o duró mucho la alegría del mutilado sacerdote de la llamada madre de los dioses.

La detonación había sido extremadamente breve, seca, y sorda, y el sacerdote conocía demasiado bien la fuerza explosiva de la pólvora para no extrañar aquellas circunstancias.

La cantidad de la pólvora acumulada por él en las entrañas del Tepeyac, era bastante considerable para haber producido efecto tan pequeño.

—Papantli,—dijo el sacerdote dirigiéndose á su sirvienta y salvadora, entretenida en prodigar ternezas y cariñosas palabras al hijo de María y de Gonzalo de Alba, que acababa de despertar.

—¿Qué deseas, sacerdote de Toci?—preguntó la sirva.

—¿Has oído?

—¿Qué, señor?

Ixtaolzín se sorprendió extraordinariamente con la

respuesta de Papantli, que demostraba no haberse percibido de la detonación.

—¿Cómo, qué! ¿no has oído el eco de una detonación semejante á un ligero trueno?

—Señor, piensa bien lo que dices,—observó la sierva; —ni la más ligera nube mancha el azul purísimo del cielo que comienza á iluminarse con las plácidas y suaves tintas del alba.

El nocturno *cuillacoche* tiempo há que se escondió entre las ramas de los canosos *ahuehuetes*, llorando con sentidas notas de cristal y plata la desaparición de la noche, impregnada de aromas y vestida de estrellas.

Piensa bien ¡oh sacerdote! lo que dices, que de truenos y tormentas no existen señales algunas.

Cuando Papantli dejó de hablar, el rostro deforme de Ixtaolzin retrataba la más dolorosa sorpresa imaginable.

—Huye la noche,—repitió,—impregnada de aromas y vestida de estrellas y el azul purísimo del cielo comienza á iluminarse con las plácidas y suaves tintas del alba.

¡Ah, Papantli dices la verdad!

Los truenos y las tormentas sólo suenan y se desarrollan en mi alma y en mi cerebro próximo á enloquecer.

¡Ah! ¡cuán horrible tormento es el carecer de vista!

Mi alma no puede recrearse en el espectáculo que me describes.

Para mí sólo existen tinieblas horribles, donde tú ves vestirse el purísimo azul del cielo de las suaves tintas del alba.

¡Mi alma vive á su vez en las tinieblas de la desesperación!

Pero no: eso no es posible; los dioses no pueden haberse burlado de mí.

Yo he percibido esa detonación.

Piensa un poco, amiga Papantli.

¿No recuerdas haber oído una detonación hácia el Tepeyac?

—Nada, señor, nada absolutamente.

—¿No has visto tampoco volar el cerro como despedido en fragmentos por la mano de un gigante?

—Nada, señor; nada absolutamente.

—¡Pero desgraciada! ¿no me aseguraste que antes de salir del templo de Toci, prendida dejaste una mecha atada á un saco de pólvora?

—Sí, lo dije.

—Entonces, ¿cómo no has oído la explosión?

—No lo sé.

—Y dices que el cerro del Tepeyac no ha sufrido cambio alguno.

—Ninguno, señor.

—Por los dioses, amiga Papantli, mira bien. ¿Nada de nuevo notas en él?

—¡Aguarda!—exclamó Papantli defendiendo con la palma de la mano su vista que el sol hería con sus primeros rayos.

—¿Qué es?

—Sí, no me cabe duda.

—¿Duda de qué?

—De que son dos españoles los que allí veo.

—¡Dos españoles! ¿dónde?

—En Tepeyac.

—¿Qué hacen allí?

—No puedo adivinarlo, pero... ¡ah!

—¿Qué te pasa?

—¡Sígueme, señor, sígueme sin detenerte!—repuso Papantli con manifiesto terror.

—Guía tú por donde quieras; pero, ¿qué es lo que te asusta?

—Estoy segura de ello, sí; esos dos españoles nos han visto, y desde el cerro me hacen señas como llamándome.

—No hagas caso de ellos y huyamos, Papantli, huyamos: me matarían y no quiero morir aún.

Huyamos, Papantli; no sé por qué esos hombres me infunden miedo.

—A mí también.

—¿Vienen armados?

—Sí, pero no es eso lo que me asusta.

—¿Qué entonces?

—Que este niño, el hijo de Xochitl ha dado al verlos grandes muestras de contento, como si los conociese.

—¿Quiénes podrán ser?

—No puedo decírtelo: no recuerdo haberlos visto jamás.

—Pero el niño...

—En cuanto al niño, ¡oh! es otra cosa. No puede en su corta edad demostrar de un modo más significativo que conoce á uno ó á los dos españoles.

—¡Oh! si fuesen...

—¿Quiénes?

—¡Su propio padre y su abuelo!

—¡Ah! si así es y esos hombres nos alcanzan, nos quitarán al hijo de Xochitl.

—Sí, es verdad, nos le quitarán: pero yo lo evitaré: dame ese niño.

Papantli leyó en el rostro de Ixtaolzin algo muy horrible, y lejos de obedecerle se apartó de él estirando con tanta fuerza, que obligó al sacerdote á soltar el pliegue del vestido de la sierva que tenia entre sus manos.

—¿Qué te pasa, Papantli? ¿quizás te has caído?

—No.

—Entonces, ¿por qué me has obligado á soltar tu vestido? ¿No ves que sólo cogido á ti puedo seguirte?

—Lo sé: pero, te tengo miedo.

—¡Miedo! ¿por qué?

—¿Por qué quieres que te entregue al niño?

—Para evitar que esos españoles te lo quiten, si acaso llegan á alcanzarnos.

—¿Acaso podrás tú, ciego y tullido, defenderle mejor que yo?

—Sí: porque yo haré lo que tú no tendrás valor para hacer.

—¿Qué cosa?

—Ahogarlo entre mis manos antes que dejarme arrancar vivo.

Papantli miró al sacerdote con una profunda expresión de horror y desprecio, y con voz alterada repuso:

—¡Eres más sanguinario y cruel que una fiera hambrienta!

—¡Papantli!—rugió más bien que dijo el sacerdote.

La mujer contestó tranquilamente:

—Enfurecete cuanto quieras: no eres temible para mí; si yo te abandono, morirás aquí mismo impotente y desesperado.

—¡Ah Papantli!—exclamó el sacerdote aterrado y con expresión de humildad;—¿cuán cruel eres conmigo!

—¿Eres tú acaso otra cosa para los demás?

—¡Ah Papantli! ¿por qué me hablas así?  
 —¡Me amenazas con ahogar á este inocente y aun me lo preguntas?  
 —¿Acaso crees que yo no le amo como si mío fuese?  
 —¡Y quieres ahogarle!  
 —Sí, primero que dejar arrancármelo de mis brazos.  
 —¡Eso no es saber amar!  
 —¿Cómo entiendes entonces el cariño?  
 —Como yo le practico.  
 —¿Y cómo le practicas tú?  
 —Como debe hacerlo quien no tenga tus negras entrañas.

Como lo hice hasta hoy.

Como seguiré haciéndolo.

Sin mí, esta infeliz criatura hubiese sido víctima de tu crueldad sin ejemplo.

Tú lo separaste de la desventurada Xochitl, y lo maltratabas cuando á ella se acercaba.

Yo, cuando podía hacerlo, aprovechándome de tu ceguera ó de tu ausencia, acercaba el niño á los pechos de su pobre madre para que de ellos tomase su sustento.

Tú mortificabas á la pobre Xochitl y yo curaba sus heridas y la alimentaba abundantemente, para que pudiese criar á su hijo, al cual yo también enseñé á comer todo cuanto no pudiese hacerle mal.

Yo sí amo á este niño y por eso soy más desgraciada.

Porque mi mayor goce sería devolvérselo á su pobre madre, á la desgraciada Xochitl, y ponerme á su servicio para que no me separase de él.

Pero aunque Xochitl, si al fin se viese libre y salva, quisiera abogar por mí, pues sabe lo que por ella y su

hijo hice, la participación que en tus crímenes he tomado la haría desconfiar de mí, y me traería el odio de todas sus gentes.

—No has dicho más que la verdad,—observó el sacerdote,—he sido sí muy cruel, pero á ello me impulsaron la desesperación de encontrarme como me encuentro, y el amor entrañable que á mi patria y á mis dioses tengo.

¡Discúlpame, Papantli, porque soy muy desgraciado!

¡Discúlpame y no me abandones!

Por más que no lo creas, amo á ese niño como tú puedas amarle, aunque mi amor se resentía de la rigidez inflexible de mi carácter.

Le amo, porque sólo él no ha demostrado horror hacia mí.

Conmigo ha jugado; sus manecitas han acariciado mi rostro deforme, y sea que de mi desgracia tuvo piedad, ó que mi misma deformidad le divertiese, con insistencia me ha buscado siempre, y jamás fué sordo á mi llamamiento, ni ingrato para mi cariño.

Es verdad que ni aun por él di libertad á mis prisioneros, pero á él, sólo por consideración á él, no les he arrancado la vida.

Por una debilidad extraña en mi carácter mi amor hacia ese niño me ha impedido concluir de una vez con la existencia de esos grandes traidores á nuestros dioses y á nuestra patria, Tlanoc, Xochitl y Tezomotli, y al mismo tiempo ese amor ha estorbado que les haya devuelto la libertad, por temor de que me arrancaran de los brazos á ese niño.

¿Cómo en vista de esto extrañas que yo esté dispuesto á ahogarle entre mis manos, antes que permitir que de ellas me le arranquen?

—Repito, sacerdote de Toci, que no es así como comprendo el amor.

Contrariamente á lo que tú crees, yo creo que se puede morir, pero no matar por amor.

Si esos españoles que he visto en el Tepeyac llegasen á alcanzarnos, y tomándonos por enemigos quisiesen matarnos, yo no trataría de defender mi vida, con tal de que me prometiesen la de este niño.

—Papantli, amiga mía, eres mujer y por serlo eres débil y á tu debilidad sucumbes.

Eres joven y careces de experiencia.

Ignoras por eso que sin ilimitado egoísmo no existe profundo amor.

Ese niño por el cual estás dispuesta á hacer en caso necesario el sacrificio de tu vida, pasará á otras manos, dejará de verte, y te olvidará para amar á otras gentes.

—Y bien, si así sucediese, bastaríame para consolarme saber que era feliz.

No tengo derecho á exigir nada de él.

Si en cuanto me fué dable remedié tus injusticias, no por eso soy menos criminal, pues á ellas cooperé.

—No han sido Tlanoc, Xochitl y Tezomoti víctimas de una injusticia mía, sino de la cólera justa de nuestros dioses.

¿Cómo sino puedes explicarte que el más débil, que era yo, aprisionase á los más fuertes, que eran ellos?

—Tu astucia, y nada más que tu astucia, te otorgó esa victoria que celebras y ponderas.

Tú los engañaſte; tú hiciste creer á esas pobres mujeres que al perseguirlas habías obedecido á instrucciones expresas del gobernador Salazar, quién acabaría con

todos ellos si no se refugiaban en las entrañas del templo subterráneo.

Pero, ¿á qué recordarte lo que tú sabes bien, pues lo intentaste tú?

—Papantli, tus cargos carecen de sólido fundamento.

Nada es el hombre sin el favor de los dioses, y pues ellos me lo concedieron, ellos y no yo han hecho lo que por mi medio se hizo.

—¡Tus dioses! ¡nuestros dioses!... Si tanto favor les mereces, si tanto y tan bien los sirves, ¿por qué te han reducido al extremo de inutilidad y de impotencia á que reducido te ves?

Ixtaolzin no supo ó no quiso responder.

La piel de su frente se plegó sobre las vacías órbitas de sus ojos, obedeciendo á un impulso de malhumor y oculta cólera, y sus dientes rechinaron por causa igual, oprimidos unos contra otros.

—Callas;—continuó diciendo Papantli satisfecha de su triunfo:—mi pregunta te hace vacilar en la fe.

Temes como yo que haya otros dioses más poderosos que los nuestros.

—Papantli,—exclamó el sacerdote,—ten compasión de mi y calla, y no perdamos el tiempo que necesitamos para huir.

—Nada temas: nos hallamos por ahora en perfecta seguridad.

Nuestros perseguidores nos han perdido de vista ó han juzgado inútil seguirnos.

En consecuencia está tranquilo y á mi pregunta responde.

—Pues bien, sí, Papantli, lo temo, y contigo quiero apurar hasta el extremo mis amargas dudas.

¿Qué has visto, qué has oído tú que te ha hecho temer que haya otros dioses más poderosos que los nuestros?

—He visto, Ixtaolzín, la sublime resignación con que tus víctimas sufrían el martirio que les impusiste.

Sólo Tlanoc, que aun permanece en nuestra religión, se queja y maldice de tí.

Sólo él cree, como nosotros creemos, que el hombre no debe jamás aceptar la desgracia sino como un castigo de una divinidad implacable, enteramente distinta de la divinidad que premia, con la cual se halla en constante oposición.

Xochitl, D.<sup>a</sup> Beatriz y Tezomotli ven en los sufrimientos á que están entregados únicamente una prueba á que somete su fe la clemencia de su Dios.

Esto parece un contrasentido, una aberración, y no obstante en ello se origina un sentimiento, una virtud para nosotros desconocida, el sentimiento ó la virtud de la resignación.

¡Cuán dulces y persuasivas son las oraciones que en esos momentos brotan de sus labios!

¡Cuán conmovedora la pintura que hacen de los sufrimientos que, según ellos, se impuso su Dios por salvar al género humano de las consecuencias del castigo impuesto á sus primeros padres!

¡Y cuán dulce es el consuelo que demuestran hallar en la comparación de sus sufrimientos con los sufrimientos de su Dios, ante los cuales los suyos dicen ser pequeños, gota de agua en mar inmensurable!

¡No lo dudes, Ixtaolzín, santa religión es esa que de los últimos y más humildes en la tierra y ante los hombres, hace los primeros y más grandes en la otra vida y ante su Dios!

## El plan de Saavedra

**D**ASADO el primer momento de aterradora sorpresa, el buen D. Luis de Alva casi no encontró nada de extraordinario en la desaparición de su hijo D. Gonzalo, y antes bien creyó en sus deberes de cristiano elevar los ojos y el corazón al cielo en acción de gracias.

Porque para él no cabía duda en que Gonzalo había sido al parecer tragado por la tierra, merced á una providencial casualidad, que, abriendo bajo sus piés alguna mal cubierta entrada de la gruta, acababa de darle acceso á su interior.

—Muy bien puede ser así,—observó D. Diego de Saavedra, que estaba bien lejos de pensar como D. Luis,—pero ¿cómo os explicáis entonces que el cerro se haya movido bajo nuestros piés, produciendo un eco sordo como de una próxima erupción volcánica?

—No puedo ciertamente explicarlo, pero si me atrevo á asegurar que no existe riesgo alguno de erupción volcánica en este pequeño cerro.

—Así debe de ser, pues ha pasado tiempo suficiente para que si este cerro estuviere llamado á desaparecer, la extraña conmoción que todos percibimos y fué causa de la desaparición de D. Gonzalo, se hubiese ya repetido. Y no obstante ¿cómo explicarse uno este accidente?

—Una idea se me ocurre...

—¿Cuál es ella?

—Quizás aquellos á quienes buscamos se encuentran en el interior de este maldito templo azteca.

—¿Por qué lo suponéis así?

—Todo me induce á creerlo.

—Explicáos, D. Luis.

—La detonación que claramente hemos percibido ¿no creéis, como yo, que haya sido efecto de alguna mina dispuesta por nuestros hijos?

—Sin inconveniente lo creería como vos lo creéis si pudiera explicarme la condición en que nuestros hijos se hallen en las entrañas de este cerro.

—¿En qué condición ha de ser sino en la de prisioneros?

—¿Prisioneros! ¿de quién?

—Del feroz sacerdote azteca, nuestro enemigo.

—¿Cómo pudo ese funesto sacerdote haberse apoderado de ellos?

—Eso es lo que no puedo deciros, pero sólo así me explico la absoluta carencia de noticias de nuestros hijos.

—Pero aun siendo como creéis ¿cómo pueden haberse proporcionado pólvora para cargar la mina?

—Historia larga de contaros sería mi respuesta á vuestra pregunta, pero con ella os convencería de que no

es la pólvora lo que puede faltar en el centro de esta gruta.

En ella debe tenerla en abundancia el sacerdote azteca.

Estos indios son diestros y sin rivales artífices por natural instinto, y toda industria la aprenden con facilidad y aun maravillosamente la perfeccionan.

El sacerdote Ixtaolzín ha sido siempre uno de los hombres más ilustrados que esta tierra ha producido.

Entusiasta como nadie por la independencia de su patria y enemigo cual ninguno de nosotros los españoles, desde los primeros días de la conquista procuró allegar armas y pólvora con que combatirnos, y de camaradas nuestros sé yo que no tuvieron inconveniente en venderle sus armas á más del triple de su peso en oro y piedras preciosas.

—¡Infamia grande fué esa!

—Sí lo fué; pero por experiencia sabéis, D. Diego de Saavedra, que la codicia de los nuestros ante nada se detiene.

—En vista de esas explicaciones, no dudo que sean ciertas vuestras presunciones.

—Hacéis bien en ello y por mi parte sobre ellas me atrevería á jurar por Dios y todos sus santos.

Ellos, creedlo, han venido en nuestro auxilio.

Sólo Dios puede haber hecho que mi hijo Gonzalo posase casualmente sus piés sobre el terreno que bajo ellos faltó, á consecuencia de la explosión de la mina.

—D. Luis con toda la fuerza de mi alma admiro vuestra fe y tranquilidad.

—Os comprendo, con vuestras palabras queréis indi-

carme que no manifiesto ningún temor por la suerte que mi hijo haya podido correr.

—Esa es la verdad.

—Pues bien, sí; es cierto, nada temo por él.

Estoy tan acostumbrado á ver en cuanto á mí y á los míos se refiere la mano de Dios, que nunca creo que de ella pueda dejarnos la Divina Providencia.

Mil veces hemos creído perecer y otras tantas nos hemos salvado.

No ha de ser esta una excepción.

—Pero en todo caso ¿qué hacemos aquí?

¿Creéis que por el mismo lugar por donde desapareció D. Gonzalo, volverá á salir?

—Ciertamente que no, la tierra que se desprendió sobre la providencial abertura, ha sido mucha y debe haberla obstruido por completo.

—En ese caso, y pues D. Gonzalo sabe que en el cerro nos hallamos, y por tanto ningún riesgo corremos en apartarnos de aquí ¿no os parece bueno que continuemos registrando el cerro?

El día es ya claro y comienza á asomar el sol en el horizonte.

Con su luz por guía, quizás otra providencial casualidad nos descubra la suspirada y secreta entrada del templo azteca.

—Tenéis razón y sin vacilar sigo vuestro parecer.

D. Luis y D. Diego emprendieron de nuevo sus pesquisas, en las cuales habiales ayudado pocos momentos antes D. Gonzalo.

A poco andar descubrieron en la vecina loma el grupo formado por Ixtaolín, su sierva Papantli y el pequeño hijo de Xochitl.

Al descubrirlos vino á D. Diego la idea de que aquellos indios pudieran tal vez darles alguna indicación de la entrada de la gruta.

—Estoy seguro,—contestó D. Luis,—que no seran ellos quienes os den semejante indicación.

—¿Acaso los conocéis?

—Ni siquiera distingo sus facciones.

—Entonces...

—Conozco, amigo D. Diego, lo que son los indios.

Muy bien puede ser que conozcan la entrada de la gruta.

Pero antes los mataréis que arrancarles ese secreto.

Se trata de un antiguo templo de su sanguinario culto y no serán ellos quienes le descubran á españoles como nosotros.

—Sin embargo...

—¿Qué?

—Quisiera hablar con esos indios.

—Repito que lo creo inútil.

—En la situación en que nos hallamos todo debemos intentarlo.

—Tenéis razón de sobra.

—Sí así lo creéis corramos hacia ellos.

—Eso no haré yo.

—Por qué?

—No creo prudente apartarme de aquí.

—Hagámosles entonces señas para que vengan á nosotros.

—No harán caso de esas señas.

Sin hacerlo él de la observación de D. Luis, D. Diego llamó como pudo á los indios, los cuales, como ya sabemos, lejos de obedecer prosiguieron su fuga.

—¿Lo estáis viendo?—observó D. Luis.

—Pues vive Dios,—repuso picado D. Diego,—que he de darles alcance así me cueste la vida.

—No consienta Dios que en ello corráis peligro alguno, pero si así lo queréis corred en pos de ellos.

Por mi parte aquí me quedo.

—Bien está, admito la libertad en que me dejáis y corro al alcance de esos indios.

La detención provocada por Ixtaolzin con su amenaza de ahogar al niño antes que dejárselo arrancar, favoreció en extremo el plan de D. Diego.

Prevenido por D. Luis, calculó el rumbo que llevaban los indios fugitivos y trató de darles alcance de modo que no se apercibiesen de él.

Ya sabemos que Papantli llegó á creer que los españoles los habían perdido de vista.

En tal creencia perdió el largo tiempo que el sacerdote empleó en justificarse.

Acababa de hacer Papantli la exposición de su modo de pensar acerca de la religión cristiana.

Ixtaolzin guardaba profundo silencio.

Sabemos ya que su modo de pensar en este punto, no distaba mucho de los de su sierva.

Pero prefirió callar á confesarlo.

Estaba en el último periodo de la vacilación.

Faltábanle argumentos para atacar á su contrario.

En cuestiones de esta especie el silencio es una demostración de la derrota.

Todo cuanto se le ocurrió, fué suplicar de nuevo á Papantli que olvidase su amenaza y que sin perder tiempo le guiara fuera de aquellos cerros.

Papantli á todo accedió, pero al dar el primer paso lanzó un grito de terror que anonadó al sacerdote y exclamó á la vez:

—¡Estamos perdidos! ¡los españoles nos han alcanzado!

Allí estaba en efecto D. Diego de Saavedra satisfecho del éxito que su plan de alcance había logrado.

## Capítulo III

## Astucias de Ixtaolzín

**X**t. padre de D.<sup>a</sup> Beatriz hubiera podido pasarlo mal, si la Providencia no hubiese hecho de Ixtaolzín, como ya saben nuestros lectores, un impotente enemigo.

Tal y tan grande fué la cólera de que se sintió poseído el sacerdote azteca, al hallarse acorralado como fiera perseguida por terrible cazador.

No obstante, D. Diego de Saavedra no mostró actitud ni pronunció palabra que debiera asustar ni á Papantli ni al niño, únicos que verle podían.

D. Diego, que no conocía á ninguno de ellos, sintió una indecible compasión al leer en sus semblantes su terror y su inquietud.

Y obedeciendo á la nobleza de su alma, con voz amable y pacífica entonación, les dijo:

—Buenas gentes, nada temáis de mí; ningún daño deseo haceros y sólo he procurado daros alcance para dirigiros algunas preguntas, cuyas respuestas os pagaré á peso de oro.

Ixtaolzín prestó una atención extraordinaria á las palabras de D. Diego, y dijo con grande rapidez y no menor cautela á su sierva Papantli:

—Nos hemos salvado, sé quién es, pero él no me conoce á mí, y menos aún á tí.

Después repuso con voz alta, pero en extremo humilde:

—Noble español, mándanos cuanto gustes, nuestro mayor placer será poder servirte de algo: así pues, pregunta lo que quieras.

—En primer lugar, decidme: ¿quiénes sois y qué hacéis aquí?

—Ya lo ves, español. Soy un desventurado anciano reducido á la mayor miseria y á la más horrible desgracia, pues como tú mismo puedes ver me encuentro ciego.

—En efecto,—observó conmovido D. Diego,—vacías están las órbitas de tus ojos. ¿Cuál ha sido la causa de tu desgracia?

Ixtaolzín fingió de un modo tan admirable su aflicción, que ante el espectáculo de ella, el padre de D.<sup>a</sup> Beatriz sintió que las lágrimas de piedad acudían á sus ojos.

—¡Ah señor!—contestó el sacerdote,—eres español y no tendrás compasión de mí.

—¿Tan duro de alma me supones? Soy cristiano viejo y veo en vosotros mis hermanos en Nuestro Señor Jesucristo.

—Quiero creerlo, español; el tono de tu voz suena tan dulce en mis oídos, que movido estoy á creerte distinto de tus crueles compatriotas.

—¿Por qué hablas de ellos así? ¿Qué te han hecho?

—¡Ah, señor! tú que tan bueno pareces, lo juzgarás por tí mismo.

—Habla pues.

—Esta mujer que aquí ves es mi hija, y el niño que en sus brazos lleva es mi nieto.

—Hermoso niño en verdad, ¿pero dime: ¿es hijo de español?

—Lo es en efecto, y de un español bien infame.

—¿El mismo quizás que te sacó los ojos?—preguntó D. Diego horrorizado de su misma pregunta.

—Lo has adivinado, español: él fué quien me sacó los ojos para que no pudiese vengar á mi hija, violada por él y por él después abandonada.

—¡Qué horror! ¿Cuál era el nombre de ese infame!

—No lo sé; nunca lo supe.

—¡Desgraciado de tí!

—Muy desgraciado, sí.

Desde aquel funesto día recorro los pueblos implorando la pública caridad, y de pobres limosnas vivimos mi hija, mi nieto y yo.

—¿Cuáles son tu nombre y tu patria?

—Mi patria el pueblo de Cuautitlán, mi nombre el de Juan.

—¿Juan? ¿quiere decir entonces que estás bautizado?

—Lo estoy en efecto.

—No dudes entonces que Nuestro Señor Jesucristo tendrá compasión de tí y de tu hijo y de tu nieto.

—Para ir á pedírsela atravesaba no hace mucho y en dirección á México estos cerros.

—Ibas á México.

—Sí.

—¿Y por qué te detuviste aquí?

—Por miedo.

—¿Miedo? ¿de qué?

—De morir aplastado por estos cerros.

—¿Y por qué estos cerros habían de aplastaros?

—Pues qué, español, ¿no has sentido no hace mucho el ruido de un trueno salido de sus entrañas?

—En efecto, lo senti, y á la verdad que no me lo he podido explicar.

—Nada sin embargo tan sencillo.

—¿Sencillo, eh? ¿luego tú sabes la causa de ese trueno?

—¡Vaya si la sé!

—¿Cómo la sabes? ¿quién te la ha dicho?

—La sé porque Fray Martín de Valencia me la ha dicho.

—¿Y qué te ha dicho Fray Martín.

—Que dentro de ese cerro que nosotros llamamos Tepeyac y vosotros los españoles Tepeaquilla, ¡habita el demonio!

—¿El demonio?

—Así le llama Fray Martín; pero yo sé que no es el demonio.

—¿Sí, eh? ¿quién es entonces?

Ixtaolzin bajó la voz y fingiendo los mayores terror y misterio, contestó:

—¡El nahuatl!

—¿El nahuatl? y ¿quién es el nahuatl?

—¿Nunca has visto tú un nahuatl?

—No sé lo que es eso.

—El nahuatl es un monstruo horrible muy dañino.

—¿De qué especie?

—De la misma que los hombres.

—A ver, explicame eso.

—Hay ciertos indios que viven muchos, muchísimos años, y que cuando se hacen mucho, muy viejos, se convierten en nahuatles, su cuerpo se cubre de pelos muy largos y se alimentan con la carne de los niños que se roban.

—¿Y tú crees eso?—preguntó D. Diego con cierto buen humor, inspirado en el cándido terror á la perfección fingido por el sacerdote azteca.

—¿Por qué no he de creerlo? Ni el mismo Fray Martín lo niega, si bien él dice que se llama el demonio.

—Pero ¿cómo sabes tú que habita en ese cerro?

—Porque en ese cerro hubo antiguamente un templo azteca, dedicado á un dios mexicano.

—¿Hubo, dices?

—Sí, Fray Martín lo sabe bien.

—Hubo dices: ¿luego ya no le hay?

—¡Qué ha de haber! hace mucho tiempo que se desplomó por viejo y abandonado.

—¿Estás seguro de ello?

—Segurísimo: como que yo conocí al sacerdote azteca que vivía en él.

—¿Le conociste?

—Muchísimo.

—¿Se llamaba Ixtaolzin?

—Justamente.

D. Diego sonrió con indecible satisfacción.

—Pues ahí tienes que precisamente á ese Ixtaolzin he venido á buscar aquí, y que te daré cuanto oro pueda bastarte para que vivas sin mendigar el resto de tus días si me dices dónde podré encontrarle, y me das sus señas, pues jamás en mi vida le he visto.

—Ningún inconveniente tengo en ello, y no por el oro

que me des, sino por servirte, te diré lo que deseas saber.

—Estimo tu desinterés, pero no obstante te suplico tomes esta bolsa de seda que contiene la cantidad que te he prometido.

El sacerdote tomó el bolsillo de seda y se deshizo en expresiones de falso reconocimiento.

—Habla ahora,—repuso D. Diego.

## Capítulo IV

## Falsos informes

**E**l sacerdote no contestó desde luego á D. Diego de Saavedra, porque en el momento en que iba á comenzar su relación, Papantli se acercó á él y en idioma indígena le dijo:

—Desde Tepeyac nos está viendo el español compañero de este y si se le ocurre venir aquí y te conoce...

—¿Qué te dice tu hija?—preguntó D. Diego.

—Me dice que tiene miedo.

—¿Miedo! ¿de qué?

—De un español que, según asegura, distingue desde aquí en el próximo cerro:

—Nada temáis: es un amigo mío que ningún daño había de haceros, pues aunque no fuese, como lo es, bueno y humano, bastaría que yo se lo mandase para que ningún daño os hiciese.

Sin embargo, español, dudo que haya entre tus compatriotas otro tan bueno como tú, y como mi hija aun

es bella y yo me encuentro imposibilitado para defenderla en caso preciso...

—Repito que nada temas: el español que tu hija distingue desde aquí es un bueno y respetable anciano.

—No obstante...

—¡Por vida mía!—exclamó impaciente D. Diego—¿queréis ó no decirme lo que te preguntó y aseguras saber?

—Te lo he ofrecido y cumpliré mi ofrecimiento; pero ante todo está nuestra propia seguridad y ninguna creemos tener con españoles á la vista.

—¿Indio ladino!—repuso colérico D. Diego;—¿crees tú que por hallarte ciego é inútil estás facultado para insultar á mis compatriotas y con ellos á mí?

—Y dime tú, español,—contestó Ixtaolzin con arrogancia,—¿crees tú que por ser yo un indio y un infeliz, me dejaré insultar por tí?

—¿Necio! ¿qué puedes hacer en mi contra?

—Callarme y arrostrarlo todo, hasta mi muerte, antes que decirte una palabra de lo que saber deseas.

Ixtaolzin dijo lo anterior con tal firmeza que D. Diego temió que lo cumpliese y le privase así de los importantes detalles que el fingido Juan le había prometido.

—Tienes razón, he sido injusto por causa de mi impaciencia, y dueños sois vosotros de vuestro miedo á los españoles: ¿qué es, pues, lo que quieres?

—Que nos acompañes hasta salir de este cerro y tomar de nuevo el camino de Cuautitlán.

—No puedo apartarme de aquí.

—¿Por qué no, si aquí no está el hombre que buscas?

—Pues acabemos de una vez; dime dónde podré encontrarle y prosigue tu camino con tu hija y tu nieto.

—Acompáñanos, como te he dicho ó no ¡sabrás lo que deseas.

Tentado estuvo D. Diego de sacar su espada y con ella partir en dos al indio, pero moderando su colérica impaciencia,

—Haz que guíe tu hija,—dijo,—apóyate tú en mi brazo y mientras la seguimos y salimos de aquí me referirás lo que sepas.

Puestos en marcha, el falso sacerdote dijo á D. Diego:

—En vano buscarás por estos rumbos al noble y aguerrido sacerdote azteca, nombrado Ixtaolzin.

Desde hace algunos meses abandonó la capital convencido de que en ella nada podría hacer contra los españoles.

—¿Cómo lo sabes tú?

—Lo sé porque él mismo me participó sus proyectos.

—¿A tí?

—Te extraña ¿no es verdad? Me ves anciano é inútil y ya sabes tal vez que Ixtaolzin sólo busca hombres de su energía y de su temple.

Pero sabe también, que entre los míos, los ancianos como yo, son tenidos y vistos como oráculos.

Antes de partir Ixtaolzin quiso hablar conmigo y pedirme consejo.

—¿Ignoraba que te habías bautizado?

—No lo ignoraba, pero sabía que mis desgracias las debo tan sólo á los españoles.

—¿Y, cuáles consejos le diste?

—Ninguno: tengo miedo á los españoles y no he querido hacerme sospechoso á ellos, no por conservar mi vida, que estimo en muy poco, sino por protegerla de mi hija y mi nieto á quienes amo con idolatría.

—¿Pero qué ha sido en fin de ese hombre?

—A ello voy.

Después de hacerme jurar que á nadie descubriría sus proyectos hasta que llegase á mi noticia que hubiese comenzado á ponerlos en planta, me los reveló aun en sus menores detalles.

—¿Has tenido ya esa noticia?

—Sí.

—Entonces...

—Voy á decírtelos.

—Ixtaolzin se encuentra en la provincia de Huayaccic ú Oaxaca.

El es el alma del alzamiento que el gobernador Peralmindez no pudo dominar.

Su proyecto es el de alzar rey de la nueva monarquía azteca al príncipe Tezomoti, que le acompaña.

—¡Que le acompaña!—repitió D. Diego de Saavedra aterrado y sorprendido.

—Que le acompaña,—volvió á decir Ixtaolzin fingiendo no haberle llamado la atención el efecto causado en D. Diego por la noticia que acababa de darle.

—Luego era fundado el público rumor que acusaba al príncipe Tezomoti de hallarse en connivencia con los enemigos de los españoles?

—Fundado y muy fundado,—contestó Ixtaolzin, que después añadió con bien fingida indiferencia.

El príncipe Tezomoti se halla vendido en cuerpo y alma á los españoles y le domina por completo una mujer española, y según dicen, hermosísima hija de un D. Diego de Saavedra, que también está de acuerdo con el príncipe.

—¡Miente!—gritó colérico D. Diego:—mientes, misera-

ble indio, D. Diego de Saavedra no es ni puede ser traidor ni á su Dios ni á su Rey!

—¿Según eso le conoces?—preguntó Ixtaolzín sin perder su calma.

—Mucho que sí le conozco.

—Pues dile entonces que según Ixtaolzín me dijo, su hija, la amada del príncipe Tezomotli, también se encuentra en Oaxaca, acompañada de una india noble llamada Xochitl, casada con un español del cual tiene un hijo de algunos meses.

—¡Ah!—exclamó D. Diego de Saavedra,—si no me has engañado indio Juan, y si siguiendo tus indicaciones llevo á encontrar á esas mujeres, yo te prometo darte diez veces más oro del que no hace mucho te entregué.

—Ojalá sea así, noble y bondadoso español,—contestó el falso sacerdote, afectando humildad y gratitud.

—Y ahora,—repuso D. Diego,—hemos llegado al lugar que me habías indicado; ante ti se abre el camino que buscas; te dejo para regresar á Tepeyac.

Mi Dios, que es el único verdadero, te lleve con bien y proteja á tu hija y á tu nieto.

—Gracias,—contestó Ixtaolzín, á quien Papantli tendió la mano para servirle de guía.

D. Diego dió algunas monedas al niño, que la sirva del sacerdote llevaba dormido en brazos, y volvió espaldas, y á buen paso se alejó del fingido indio Juan.

Este, dando suelta rienda á su gozo, dijo á Papantli:

—Prosigamos tranquilamente nuestro camino hasta encontrar un jacal donde poder guarecernos, hasta que llegada la noche podamos regresar á Tepeyac, de donde esos imbéciles habrán marchado para ir á perder su tiempo en la provincia de Huayaccic.

## Capítulo V

### A la entrada de la gruta

**T**IEMPO es ya que digamos algo de lo que había pasado en el interior de la famosa gruta.

Acababa de salir de ella el sacerdote Ixtaolzín, llamado por su desventurado espía, muerto, como ya referimos, por D. Gonzalo de Alva, cuando D. Alvaro de Silva y la hermosa D.<sup>a</sup> Ana de Pacheco, no pudiendo seguir en sus caballos, los dejaban para seguir subiendo á pié el cerro del Tepeyac.

Exactas eran las señas que sin duda tenía D. Alvaro, pues sin vacilar guió á su hermosa compañera casi directamente hacia la entrada de la gruta.

—No será precisamente un palacio vuestra nueva habitación,—dijo á la dama,—pero confío en que no residiréis en ella mucho tiempo.

Mañana todo habrá cambiado de aspecto y dentro de algunos días Alvaro de Silva, convertido en esposo vuestro, sabrá defenderos y amaros como merecéis.

—D. Alvaro,—contestó la dama,—soy tan feliz en